

Historia 30—Viniendo Otra Vez

Nuestro Salvador viene otra vez. Antes de despedirse de Sus discípulos en la tierra, Él mismo les dio la promesa de Su regreso.

«No se turbe vuestro corazón», dijo. «En la casa de Mi Padre muchas moradas hay: ... voy a preparar un lugar para vosotros. Y si me fuere y preparare lugar para vosotros, vendré otra vez, y os tomaré a Mí mismo, para que donde Yo estoy, vosotros también estéis» (Juan 14:1-3).

No los dejó en duda en cuanto a la manera de Su venida. «El Hijo del Hombre vendrá en Su gloria, y todos los santos ángeles con Él, entonces se sentará sobre el trono de Su gloria: y delante de Él serán reunidas todas las naciones» (Mateo 25:31, 32).

Cuidadosamente les advirtió contra el engaño: «Si os dijeren: Mirad, Él está en el desierto; no salgáis: mirad, Él está en los aposentos secretos; no lo creáis. Porque como el relámpago sale del oriente, y resplandece hasta el occidente; así será también la venida del Hijo del Hombre» (Mateo 24:26, 27).

Esta advertencia es para nosotros. Hoy los falsos maestros dicen: «Mirad, Él está en el desierto», y miles han salido al desierto, esperando encontrar a Cristo.

Y miles que pretenden tener comunión con los espíritus de los muertos están declarando: «Mirad, Él está en los aposentos secretos». Esta es precisamente la pretensión que hace el Espiritismo.

Pero Cristo dice: «No lo creáis. Porque como el relámpago sale del oriente, y resplandece hasta el occidente; así será también la venida del Hijo del Hombre».

En la ascensión de Cristo, los ángeles declararon a los discípulos que Él vendría «así como le habéis visto ir al cielo» (Hechos 1:11). Ascendió corporalmente, y ellos lo vieron cuando los dejó y fue recibido por la nube. Volverá sobre una gran nube blanca, y «todo ojo le verá» (Apocalipsis 1:7).

El día y la hora exactos de Su venida no han sido revelados. Cristo dijo a Sus discípulos que Él mismo no podía dar a conocer el día o la hora de Su segunda aparición. Pero mencionó ciertos acontecimientos por los cuales podrían saber cuándo estaba cerca Su venida.

«Habrá señales», dijo, «en el sol, y en la luna, y en las estrellas» (Lucas 21:25). Y habla aún más claramente: «El sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo» (Mateo 24:29).

Sobre la tierra, dijo, habrá «angustia de las naciones, con perplejidad; el mar y las olas bramando; desfalleciendo los hombres por el temor y por la expectativa de las cosas que sobrevendrán en la tierra» (Lucas 21:25, 26).

«Y verán al Hijo del Hombre viniendo en las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará Sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a Sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro» (Mateo 24:30, 31).

El Salvador añade: «Aprended la parábola de la higuera: cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca: así

también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas» (Mateo 24:32, 33).

Cristo ha dado señales de Su venida. Dice que podemos saber cuándo está cerca, aun a las puertas. Cuando los árboles echan sus hojas en la primavera, sabemos que el verano está cerca. Así, con toda seguridad, cuando las señales aparezcan en el sol, la luna y las estrellas, hemos de saber que la venida de Cristo está cerca.

Estas señales han aparecido. El 19 de mayo de 1780, el sol se oscureció. Ese día es conocido en la historia como «el día oscuro». En la parte oriental de América del Norte, tan grande fue la oscuridad que en muchos lugares la gente tuvo que encender velas al mediodía. Y hasta después de la medianoche, la luna, aunque estaba llena, no dio luz. Muchos creyeron que había llegado el día del juicio. Nunca se ha dado una razón satisfactoria para la oscuridad antinatural, excepto la razón que se encuentra en las palabras de Cristo. El oscurecimiento del sol y de la luna fue una señal de Su venida.

El 13 de noviembre de 1833, ocurrió la más maravillosa exhibición de estrellas fugaces jamás vista por los hombres. Otra vez miles creyeron que el día del juicio había llegado.

Desde entonces, terremotos, tempestades, maremotos, pestilencias, hambrunas y destrucciones por fuego e inundación se han multiplicado. Todas estas cosas, y la «angustia de las naciones, con perplejidad», declaran que la venida del Señor está cerca.

De aquellos que vieron estas señales, Él dice: «No pasará esta generación, hasta que todo esto acontezca. El cielo y la tierra pasarán, pero Mis palabras no pasarán» (Mateo 24:34, 35).

«El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios: y los muertos en Cristo resucitarán primero: luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes, para recibir al Señor en el aire: y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, consolaos los unos a los otros con estas palabras» (1 Tesalonicenses 4:16-18).

Cristo viene, viene con las nubes y con gran gloria. Una multitud de ángeles resplandecientes le acompañará. Vendrá a resucitar a los muertos y a transformar a los santos vivos de gloria en gloria.

Vendrá a honrar a aquellos que le han amado y han guardado Sus mandamientos, y a tomarlos para Sí. No se ha olvidado de ellos ni de Su promesa.

Habrà un reencuentro del vínculo familiar. Cuando miremos a nuestros muertos, podemos pensar en la mañana cuando la trompeta de Dios sonará, cuando los «muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados» (1 Corintios 15:52).

Ese tiempo está cerca. Un poco más, y veremos al Rey en Su hermosura. Un poco más, y Él enjugará toda lágrima de nuestros ojos. Un poco más, y nos presentará «sin mancha delante de Su gloria con gran alegría» (Judas 1:24).

Por eso, cuando dio las señales de Su venida, dijo: «Cuando estas cosas comiencen a suceder, mirad hacia arriba, y levantad vuestras cabezas; porque vuestra redención está cerca» (Lucas 21:28).